

Neil Postman
Tecnópolis.
La rendición de la cultura a la tecnología

José Ardillo
Los primeros navegantes
y otros fascículos de la historia universal

Agustín García Calvo
¿Qué es el Estado?

Nicholas Carr
La pesadilla tecnológica

Samuel Butler
Destruyamos las máquinas

Gustav Landauer
Llamamiento al socialismo

Grupo Marcuse
La libertad en coma (ed. ampliada)

Raffaele La Capria
La mosca en la botella.
Elogio del sentido común

En preparación

Pier Paolo Pasolini
Las bellas banderas

André Prudhommeaux
La tragedia de Espartaco

Carla Melazzini
Enseñar al príncipe de Dinamarca

Lurdes Martínez
Saqueadores de espuma

Andoni Alonso & Iñaki Arzoz
El desencanto del Progreso

www.edicioneselsalmon.com

Elogio de la libertad y de la independencia intelectual en una época en la que el conformismo de masas y la degradación de la cultura han alcanzado cotas impensables. Un llamamiento a tomar de nuevo las riendas de nuestra libertad utilizando la filosofía, como decía Wittgenstein, como medio para ayudar a la mosca a salir de la botella.

Novelista y ensayista nacido en Nápoles en 1922, Raffaele La Capria lleva a cabo en este libro un elogio del sentido común, tantas veces menospreciado y minusvalorado en detrimento de esas «fórmulas intelectuales abstractas» que nos explican cada día, tanto en la izquierda como en la derecha, qué tenemos que pensar. Lejos de identificarse con el «buen sentido» egoísta e interesado, el sentido común es una forma de resistencia a la dominación. Pero este disenso común no es «nada fácil, visto que en las últimas décadas muchos hombres inteligentísimos se han sentido fascinados y dominados por tantas ideas (ilusiones) desastrosas nacidas del espíritu despótico del tiempo». En una era de catástrofes globales, recuperar el sentido común significa luchar por reconstruir un mundo que esté a nuestra escala, un mundo que podamos decir que nos pertenece.

Un clásico italiano... La Capria es un autor que no ha necesitado acumular libros para convertirse en una referencia firme en la literatura italiana contemporánea.
—El País

El sentido común de La Capria es un arma irónica e instrumental para contrarrestar el conformismo impuesto por la «alta charlatanería» de las tertulias mediáticas.
—Antonio Debenedetti

BIC: DNL

EDICIONES EL SALMÓN

PVP: 13€



la mosca en la botella

Raffaele La Capria



la mosca en la botella

elogio del sentido común
RAFFAELE LA CAPRIA

Prólogo de
Jean-Marc Mandosio
Epílogo de
Alfonso Berardinelli

Raffaele La Capria (Nápoles, 1922) es escritor, guionista y traductor. Se licenció en Derecho en 1947, y en 1950 se estableció en Roma, donde continúa viviendo. Tras publicar en 1952 su primera novela, *Un día de impaciencia*, el éxito le llegó casi diez años después cuando su segunda novela, *Herido de muerte*, se alzó con el galardón literario más importante de Italia, el Premio Strega, en 1961. Doce años después escribiría su tercera y última novela, *Amor y psique*, de la que más tarde renegaría. Desde entonces, su estilo se volcó hacia una forma de ensayo donde se entremezclan literatura, autobiografía, lirismo y crítica social. Entre estas obras, destaca su trilogía sobre su ciudad natal: *La armonía perdida* (1986), *El ojo de Nápoles* (1994) y *Napolitan Graffiti*. *Tal como éramos* (1998); así como sus reflexiones sobre literatura: *Falsas partidas* (1974), *Literatura y saltos mortales* (1990) y *El sentimiento de la literatura* (1997), reunidos posteriormente en un solo volumen (2002; 2011). En 2003 la prestigiosa colección «I Meridiani» compiló lo más destacado de su obra en dos volúmenes. Ha sido distinguido con el Premio Campello (2001), el Premio Chiara (2002) y el Premio Alabarda d'Oro (2011), todos ellos por su carrera literaria. De entre sus libros publicados más recientemente, destacan *A corazón abierto* (2009), *Un amor en los años de la Dolce Vita* (2009), *La belleza de Roma* (2014) y *A mis queridos amigos: adiós* (2016). Como guionista destaca, entre otras, su participación en la película *Las manos de la ciudad* (1963), vencedora en 1963 del León de Oro a la mejor película del Festival de Cine de Venecia. El film denunciaba la especulación y corrupción urbanística en Nápoles. Ha traducido al italiano a escritores como Jean-Paul Sartre, T. S. Eliot o George Orwell.

Traducción de **Salvador Cobo**

La mosca en la botella

Elogio del sentido común

*- seguido de El sentido común y la evidencia
y Apólogo sobre la evidencia negada -*

RAFFAELE LA CAPRIA

Prólogo de Jean-Marc Mandosio

Epílogo de Alfonso Berardinelli

Traducción de Salvador Cobo

Colección Casus belli, 8

Primera edición: *Junio 2019*

Título: *La mosca en la botella*

Subtítulo: *Elogio del sentido común*

Título original: *La mosca nella bottiglia. Elogio del senso comune*

Autor: *Raffaele La Capria*

Prólogo: *Jean-Marc Mandosio*

Epílogo: *Alfonso Berardinelli*

Traducción: *Salvador Cobo*

Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*

Maquetación: *Andrés Devesa*

Corrección ortotipográfica: *Salvador Cobo*

Impreso por: *Kadmos*

ISBN: *978-84-120322-0-8*

Depósito legal: *M-18769-2019*

Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

Índice

Prólogo, Jean-Marc Mandosio.....	7
La mosca en la botella. Elogio del sentido común.....	15
<i>Sobre la Libertad y el sentido común.....</i>	103
El sentido común y la evidencia.....	111
<i>Apólogo sobre la evidencia negada.....</i>	123
Epílogo, Alfonso Berardinelli.....	127
Notas imposibles sobre política italiana, Salvador Cobo.....	135

Desde que la ciencia demostró que la Tierra es redonda, y que no es cierto que el sol gire alrededor de la Tierra sino que en realidad sucede al contrario, es como si entre los sentidos y el mundo exterior se hubiese roto un pacto secular y en su lugar se hubiera instalado la sospecha. Sí, es verdad, los sentidos me dicen que la Tierra sobre la que camino es plana, pero en realidad no es así, me están engañando. Y si ya no es cierto todo aquello que la experiencia me hacía ver que era cierto, quiere decir que entre mi cuerpo y yo, entre yo y yo mismo, se ha abierto una fractura insalvable, y que el *yo natural*, dotado de sentido común y de percepción inmediata, ha sido reemplazado por un *yo conceptual* que lo contradice y lo corrige sin descanso. Es verdad que el primero está arraigado en nuestro ser desde la prehistoria, mientras que el segundo es relativamente joven, y cuenta apenas con algún que otro siglo. Y a veces tengo la sensación de que el milenarismo sentido común, sojuzgado por el apenas secular intelecto conceptualizador, se rebela en ciertas ocasiones y lanza llamamientos y señales desesperadas para afirmar su verdad evidente pero no reconocida contra aquello que con razón o sin ella le parece un abuso, una abstracta e injusta vejación.

Incluso he imaginado una historia especial *ad usum delphini*, donde el pueblo milenarismo del sentido común, que vive en contacto con las cosas de la tierra y con las verdades de hecho, es atacado de pronto por los Ixos, una civilización superconceptualizadora, que exhiben una lengua complicada e incomprensible, usan armas sofisticadas e invencibles; y estos bárbaros y actualizados *mind invaders*, con la ciencia y la abstracción, vuelven esclavo al pueblo del sentido común, que sin embargo es mucho más numeroso, y que si solamente fuese consciente de su propia fuerza...

Y aquí es mejor poner freno a la fantasía y retomar el discurso como hago en este libro, calmadamente.

Nuestro yo natural se ha sentido durante milenios en el centro del mundo, y creía dominarlo. Y justo la ciencia le enseña que ese punto en el que se encuentra ya no es el centro, sino un punto cualquiera del universo. Y que su punto de vista, es decir, aquello que él ve desde el punto en el que le ha colocado la ciencia, es un punto de vista relativo desde el que ya no se domina nada: sólo poseemos una visión condicionada y parcial. Todo esto es sobrecogedor, y por decirlo con palabras muy simples, es como si al yo natural y al sentido común que le acompañaba, les faltase de pronto la tierra bajo los pies.

Ya no hay nada sobre lo que apoyarse, ningún punto de referencia seguro: si ya no nos podemos fiar de los sentidos se está obligado, para llegar a comprender una verdad, a seguir los complicados caminos de los conceptos, que realizan razonamientos abstractos, a veces difíciles de seguir hasta el fondo, y que no todos son capaces de hacer. Por tanto, no sólo entre yo y yo mismo se ha creado esa fractura que los psicoanalistas han llamado el yo-dividido (consecuencia de esa situación), sino también entre categoría de personas, y entre grupos de países: aquellos que tienen la posibilidad de adueñarse del saber científico transformándolo en tecnología, y aquellos que no son capaces de hacerlo. Cuando esto tiene lugar quiere decir que el hombre, el hombre común, ya no es capaz de controlar las fuerzas que lo dominan, ni siquiera con la imaginación. Esta es la situación en que nos encontramos hoy. Y lo sabemos no sólo en cuanto individuos, también los pueblos lo saben. Sobre todo los del Tercer Mundo.

§

Vivimos hoy entre objetos que el saber científico, transformado en tecnología, ha puesto a nuestra disposición. Tenemos radio, televisión, y muchas otras denominadas «comodidades» que vuelven nuestra vida infinitamente mejor que la de nuestros abuelos y antepasados, pero sabemos muy poco y prestamos muy poca atención a estos objetos de los que nos servimos.

¿Cuántas personas saben realmente cómo se fabrica un televisor, sobre qué principio se funda el funcionamiento del reloj que llevamos en la muñeca, del móvil que llevamos en el bolsillo, del ordenador en el que escribimos, etcétera?

También aquí, entre nosotros y estos objetos de uso cotidiano, se ha creado una fractura, y no cabe duda de que la relación que tenemos con ellos es una relación alienada y alienante; no es la misma relación que se tenía en su día, por ejemplo, con la hoz o el arado, con el martillo o con la pluma. Y si se va más allá en el sentido del conocimiento científico, ¿qué relación, qué posibilidad de control tenemos sobre la energía nuclear? Sabemos que se puede usar *bien* y que se puede usar *mal*; pero existe muy poca diferencia si el proceso llegado cierto punto se nos escapa de las manos, y lo que es peor, si escapa no sólo de nuestras manos, sino también de las de aquellos que la han puesto en funcionamiento.

§

Los confines del saber se han extendido hasta tal punto en la dirección de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, que nuestra mente ya no es capaz de contenerlos, pero tampoco de hacer uso de ellos, ese uso que en el pasado se denominaba *sabiduría*. La vastedad del universo, en una y otra dirección, ha llevado a descubrimientos y a innovaciones científicas

extraordinarias, en el campo de la exploración espacial y de la exploración planetaria, o en el campo de la miniaturización de los circuitos electrónicos. Pero debido a la enorme complejidad de este saber, es imposible que la mente pueda albergarlo, como ya se ha apuntado. Y por tanto ese saber se ha subdividido en infinitas especializaciones y en infinitas disciplinas, creando precisamente las figuras del experto y del especialista, bien distintas de las del filósofo y el sabio de otro tiempo.

Así, esta necesidad de hacer añicos el conocimiento ha hecho añicos la unidad de la conciencia.

§

Hoy, exactamente igual que la ciencia y el saber conceptual, el sentido común está obligado a aceptar en su horizonte verdades que son incompatibles entre sí; y que sin embargo son posibles, y de hecho existen. Con esto no quiero decir que todo discurso carezca de fundamento, sino que el mundo es la infinita posibilidad de interpretaciones del mundo, y es y continúa siendo, después de cada interpretación, tan misterioso como antes.

Pero son cosas ya sabidas, y si aquí las repito es sólo porque siento que tienen que ver con el sentido común y con su destino en Occidente, y sobre todo en Italia, donde más brusco ha sido el paso de una cultura del sentido común a una cultura de la modernidad, incompleta y mal asimilada.

§

Las consecuencias de este cambio se han visto por todas partes, al menos en las postrimerías de este siglo, incluido el ámbito de la expresión artística. En la literatura, y sobre todo en las artes

figurativas, jamás había tenido lugar una sucesión tan frenética de movimientos y tendencias, todas ellas volcadas en reflejar en el interior de las obras estos cambios sobrevenidos entre nosotros y la realidad, entre nosotros y la idea que nos hacemos de nosotros.

Sólo entre 1960 y 1990, por poner un ejemplo, ha habido las siguientes tendencias artísticas en el terreno de la pintura: *Arte Informal, Nuevo Realismo, Happening, Fluxus, Pop Art, Arte Programado, Poesía Visual, Estructuras primarias, Land Art, Arte conceptual, Arte povera, Hiperrealismo, Body Art, Graffiti-tismo, Transvanguardia y Nuevos Salvajes, Anacronismo, Años Ochenta...*

Algo más de una visión del mundo cada dos años... ¡Qué potencia de los conceptos!

§

Un fantasma recorre el continente posmoderno, en la *waste land* calcinada de la intelectualidad; un fantasma mimético y versátil: es el fantasma del *conceptualismo degradado de masas*, que transforma todo objeto sensible en una fórmula intelectual abstracta, y creyendo «actualizarse», se aliena a la experiencia.

La verdadera mutación antropológica de este siglo no es tanto, o no es únicamente, aquella descrita por Pasolini, sino esta sistemática pretensión de introducir, como coles en la merienda, criterios científicos y sociopolíticos, o un esquematismo dogmático y puramente formal, en cualquier ámbito, contexto, discurso, argumentación, incompatible con ellos, cubriéndolos de una falsa complejidad que, sin embargo, no engaña al sentido común.

§

Referirse al sentido común significa esforzarse por restablecer cierto equilibrio entre las cosas y los sentidos que las perciben, con el fin de no sentirse separado de ellas, separado de esa sensibilidad que básicamente nos pertenece a todos, y que, si bien está distribuida en dosis distintas, todos compartimos.

Pero la relación entre sentido común y modernidad es una relación difícil, porque sentido común quiere decir un punto de referencia que concierne al sentir común. Este punto de referencia y esta comunidad es aquello que la modernidad, la modernidad del yo-dividido y del mundo hecho pedazos, excluye. La modernidad significó precisamente el fin de la unidad de la conciencia, y por tanto una disociación, un desvío, una discrepancia entre yo y el mundo. Es en este contexto donde está obligado a obrar el sentido común del que estoy hablando.

§

Hoy el sentido común debe resistir al canto de diversas e irresistibles Sirenas, sin poder atarse, como Ulises, al mástil de su propia nave. ¿Cuáles son estas sirenas?

La *Sirena de la Modernidad*, que canta incesantemente, en todos los tonos: «Hay que ser absolutamente moderno», y que alude sobre todo a la modernidad-espejismo —y no a una modernidad sustancial—, a esa que constituye el mito de quien se esfuerza a toda costa por ser moderno, hasta el punto de preceder, anticipar, prescribir y experimentar en sí mismo la modernidad.

La *Sirena de la Forma*, que sustituye al contenido allí donde falta o donde más conviene, y que resuelve todo también allí donde no hay rastro de idea o de pensamiento o de composición; la Forma como Máscara aplicada sobre el rostro de la nada.

La *Sirena de la Ideología*, que produjo una cultura y un lenguaje adoptados inmediata y naturalmente —después del 68— por todo maestro de escuela, y que ya ha arraigado en todas partes, como el verbo largamente anhelado, con su fatal esquematismo.

La *Sirena de la Técnica* (de la habilidad técnica), que sustituye a la Invención, al Impulso, a la Inspiración, y las encierra en la jaula del Artificio.

Y, por último (si hablamos de literatura), la *Sirena de la Sofisticación*, que canta y repite incesantemente las alabanzas a Joyce, Proust y Musil, considerados deidades sagradas e intocables que deben ser admiradas con la admiración de los iniciados. ¡Ay si el sentido común osa abrir la boca! Le reprochan de inmediato: ¿Quién te ha dado vela en este entierro? ¿Cómo te atreves?

Cuando hablo del sentido común no me refiero al *buen sentido*, que considero una cualidad o una postura autoprotectora y pequeñoburguesa, muchas veces un poco reaccionaria, entregada siempre a lo práctico. Y naturalmente no lo confundo con el *conformismo* que nace del adaptarse a lo que los demás han dicho sobre un determinado argumento, a la opinión que todos tienen de todo. Y tampoco con el *populismo* que propone soluciones simples (y a menudo violentas) para problemas complejos y complicados.

Para mí, el sentido común quiere decir sentirse parte de un mundo natural y espiritual en tanto que es posible ser compartido por muchos, pero que *no* se toma prestado, ni es imitado, ni mucho menos impuesto. Quiere decir reaccionar al excesivo intelectualismo que domina el debate y que traduce la cosa por el concepto de la cosa, hasta mermar y hacer desaparecer la cosa. Quiere decir dirigirse a la mayoría, no sólo a los equipados con conceptos. Quiere decir, en definitiva, sentido de la medida

y del límite, que después de todo son prerrogativas de la civilización a la que pertenezco.

§

«*There is nothing less common than common sense*» (no hay nada menos común que el sentido común), dicen los ingleses, que han alimentado con sentido común todo su pensamiento filosófico, empírico y pragmático. Y, como se deduce del refrán citado, en verdad no confundían el sentido común con el conformismo (como hace Manzoni oponiéndolo al buen sentido), sino que lo consideraban un punto de referencia importante de la experiencia sensible, «ese sexto sentido que vuelve posibles los otros cinco».

Sin embargo, los ingleses no saben hasta qué punto su proverbio resulta más verdadero cuando se aplica a Italia, o más bien a la vida pública de la Italia actual, donde circulan opiniones, formas de pensar, comportamientos, disposiciones, que parecen carecer de toda lógica; y cuanto más absurdos son, cuanto más estrafalarios e irracionales, más fácilmente se los acoge. No hay ley, medida, sentencia, reglamento o acto que no deba ajustar cuentas con esta discordancia preestablecida y con la insensatez sobre la que parece erigirse el sistema italiano.

Con todo, no es casual que los grandes teóricos estén siempre detrás de este sistema. Donde nada funciona, esto significa indudablemente que quienes sí funcionan a pleno rendimiento son los grandes conceptólogos, que organizan convenios, crean comisiones, preparan seminarios, convocan reuniones, establecen debates, puestas a punto, mesas redondas, etcétera, donde se conceptualiza y se vuelve abstracto y se aplaza todo problema concreto y toda cuestión que resolver.

§

Cuanto más celebra la mentira sus fastos mediáticos, cuanto más teje sus etéreos hilos invisibles alrededor del mundo, más fuerte es la necesidad de reaccionar y de decirnos a nosotros mismos todo el tiempo la verdad, sin mentirnos. Y puede suceder, por tanto, que ciertas palabras, sentimientos, o condiciones que antes nos parecían obvias, de pronto las veamos rebelarse y asumir un aspecto distinto. Nos vemos entonces compelidos a liberarlas de la indeterminación en la que las han sumido, volver a debatirlas para devolverles la carga y la función que tenían ocultas o que se habían eclipsado.

Y así ha sucedido con el «sentido común», que poco a poco me está revelando mi intolerancia intelectual hacia todas aquellas formas y posturas del pensamiento y del intelecto que se mantienen alejadas del sentido común, y que he definido como conceptualizaciones impropias, perversas y deshonestas.

Porque una palabra, una expresión o una sensación pueden comportarse como un elemento químico que reacciona a una serie infinita de realidades, y las hace parecer distintas a como se presentaban antes.

§

Para hacerme comprender la enorme importancia en la historia de la pintura de un cuadro como *Les Demoiselles d'Avignon* de Picasso, Giuliano Briganti decía que se puede hablar de cuadros *a. Dd'A.* (antes de *Demoiselles d'Avignon*) y cuadros *d. Dd'A.* (después de). ¿Pero por qué, le preguntaba —en parte para provocarlo y en parte para divertirlo con mi empirismo fingido e ingenuo— frente a *Las señoritas de Avignon*, no vale el simple placer de la sorpresa estética? ¿Por qué es necesario someterse a la

interferencia intelectual y conceptual que se entromete entre la mirada y el cuadro, para emitir un juicio y admitir una emoción? En nuestra época, tan adoctrinada ideológica e intelectualmente, ¿no sería oportuno, e incluso diría indispensable, un poco de estúpido estupor?

Eso me sugería mi sentido común, que se está volviendo cada vez más inoportuno.

§

¿Y si *Las señoritas de Avignon* nos resultara feo, a nosotros, aun después de que nos hubieran enseñado a contemplarlo?

Para el sentido común no hay duda: ese cuadro es feúcho. Pero mientras lo contemplas, si piensas y después vuelves a pensar en las intenciones que llevó a Picasso a pintarlo, en lo que significó en la historia de la pintura contemporánea, en las consecuencias que trajo aparejada su aparición, y en otros cuadros que nacieron a partir de él, quizá cambies de opinión y lo encuentres bello.

¿Bello? Sí, bello. ¿Estéticamente? Sí, porque te hace pensar en todo eso. ¿Pero qué tiene que ver todo eso con la belleza?

Tiene que ver, porque significa que algo se interpone entre ese cuadro y tú, algo que no tiene nada que ver con lo bello y con lo feo, y que aun así penetra en tu mirada y la condiciona.

Pero lo mismo sucede cuando contemplo cualquier cuadro, no sólo *Las señoritas de Avignon*. Cuando miro un Giotto, un Masaccio, un Piero o un Leonardo, hay siempre una interferencia cultural entre yo y el cuadro que estoy mirando. No puede ser de otro modo, porque la mirada pura, inocente y al mismo tiempo experta no existe.

Sin embargo, cuando la interferencia, no diré cultural sino conceptual, es tan grande como en el caso de *Las señoritas de*